para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Ultimo, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una uña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaría jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é inmortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!—Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacía unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentíale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¡eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

me acompañes en el tren, pues mejor que yo sabes que con menos se desacredita á una muchacha, y yo, aparte de otras muchas razones, necesito de mi crédito para no perder mi trabajo...

—¿Yo desacreditarte?... ¡ni por pienso, no faltaría más!... ¿Quieres la prueba? pues echa para adelante y ya me tienes hablándole al señor licenciado!... Y si tu papá consiente, ya estamos casándonos tú y yo, en seguidita, ¡sobre que no pido nada mejor!... Camina, criatura, camina, que van á cerrarnos la parroquia...

Carolina se rió, como siempre reía de la vehemente y pintoresca charla del pintor, cautivada por él desde los principios del asedio, amándolo desde que comenzó á cortejarla en forma, desde que á diario veíanse á causa de la vecindad—Carolina vivía con su padre en la séptima calle del Fresno, más allá de la Alameda de Santa María,—y á diario también se reunían á sus regresos en el mismo tranvía; al salir ella de la fotografía y al ir él á cenar con sus hijas para luego largarse en busca de amigos y trasnoches.

—¡Vaya, Salvador, sé serio alguna vez!—le dijo Carolina con la voz un tanto trémula.—Si de veras deseas hablar con papá ¿cómo pretendes hacerlo hoy, sin explicación ni aviso de mi parte, para que hasta se me empeorara de la impresión? Estas noticias no se dan así, como puñaladas... Prométeme que le escribirás—¡cuando quieras, que á mí no me corre prisa! *(con entonación insegura,)*—y yo te aseguro que hoy le hablo y lo preparo... ¡Solo á mí me tiene en el mundo!—añadió al cabo de rápida pausa triste.

Y Salvador notó que los ojos negros de Carolina, sus encantadores ojos de gacela que á él traíanlo loco, con la luz eléctrica del foco de arco suspendido en la esquina poníanse más brillantes y húmedos que de ordinario, cual si las lágrimas se los invadieran de súbito y, no queriendo empañarlos, se dispusieran á desbarrancarse pestañas abajo...

—Yo hago lo que tú me mandes, Carolina, con tal que me asegures que me quieres un poquito, una miseria, ¿me lo aseguras?...

Alzáronse las pestañas muy poco á poco, hasta dejar al descubierto los ojazos de la muchacha, que ahora, á la dulce caricia de la palabra del artista, ni rastros conservaban de la pasajera pena, antes reían y buscaban los de él, confiadamente, como los niños.

En esta vez sí que la mano de Carolina, al asírsela de nuevo Salvador, no intentó fugarse, sino que permaneció entre las del pintor sin fingidas repugnancias, quietecita y abandonada, aunque medio fría á causa del viento helado de la noche que soplaba á intervalos, nunca con violencia, pero muy frío siempre. Instintivamente, Salvador se la llevó á la boca y la besó quedamente, como si él, con ese beso discreto y ella con ese consentimiento mudo, ratificaran la mutua promesa. Los tranvías, allá en la esquina opuesta de la calle desolada, pasaban de tiempo en tiempo con lejano ruido, muy iluminados, de vacío los que al centro regresaban, tripuladísimos los que del centro venían. La séptima calle del Fresno, persistía en su desamparo.

—Le hablaré esta noche—murmuró Carolina después de los besos furtivos de Salvador,—y tú le escribirás cuando te parezca. ¡Hasta mañana!...

Y se alejó, serena, erguida, bellísima, quedando su deliciosa silueta hondamente impresa en la retina del artista. Todavía antes de entrarse en su casa, la sombra de su cuerpo provocante ya muy alargada sobre la acera, per-

diéndose en las de la calle próxima, la muchacha volvióse á Salvador y le dijo adiós otra vez, con la mano pecadora que consintió los besos.

El licenciado don Florentino Moralba—padre de Carolina,—que la esperaba siempre, aunque acabaran de separarse, esperábala esa noche con alguna alarma por su tardanza; por lo que no bien oyó que se abría la reja de madera del corredor de la vivienda, gritó desde adentro:

—¿Qué hacías, hija? ¿te ha sucedido algo?...

Con lo que Carolina dilató en ganar la cocina y atravesar las poquísimas habitaciones de la casa, hasta la sala encendida en que el padre achacoso y viejo aguardábala leyendo su libro, tuvo bastante para serenarse, para atribuir la demora al pésimo servicio «de estos eléctricos que caminan según les da la gana á los *motoristas* y conductores», y para ir y besar como de costumbre la pobre frente rugosa del anciano letrado, que á dos manos cogía el juvenil semblante y lo miraba, miraba por cima de los espejuelos montados al extremo de la ternilla ¡los ojos principalmente! con los suyos cegatones y despestañados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, procurando aclarar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima, que era suya, ¡suya! ¡lo único que las desgracias ni los años habían podido arrebatarle! la que le daba amor y pan, calor y alegría, haciéndolo caminar los cuantos pasos que para transponer el sepulcro faltábanle—con saber que era buena y pura,—como por entre doble hilera de hachones milagrosos que se lo iluminaron todo: el sepulcro, lo sufrido, la enfermedad que lo ultimaba, su vida y su muerte, el ayer de sus trabajos y dolores, y el mañana de descanso y de paz para su alma.

Mientras Carolina fué y se despojó en su cuarto de

sombrero y vestido,—cuarto que sólo con la sala comunicaba y en el que cabían apenas los pocos muebles indispensables que lo llenaban,—don Florentino cerró el libro y la siguió con su vista cansada, por encima de los anteojos, entablando con ella, de pieza á pieza, el infaltable diálogo de todas las noches:

—¿Vienes muy fatigada, verdad?...

—¡Al contrario!—le contestaba la muchacha,—que ni hoy tuvimos mucho quehacer, ni aun cuando lo hubiéramos tenido me habría cansado, ¡ya sabes que soy fuerte!

—Ya, ya lo sé—asentía don Florentino, echando hacia atrás la cabeza hasta apoyarla en el respaldo del raído sillón en que se pasaba la mayor parte de sus horas, y dejando que sus ojos vagasen por las vigas encaladas del techo.

A poco, Carolina, vestida ya con humilde pergeño doméstico—había que cuidar las botas y el traje de calle,—volvió á la sala, á sentarse en silla baja de costura que acercó á las piernas del viejo, entre las que se le acurrucaba noche á noche para charlar y acariciarlo, en tanto que la única criada que podían pagar, les alistaba la cena frugal, de cuyo aderezamiento iban ellos enterándose por lo cerca que la cocina les quedaba: la sartén, hacía gritar sus fritos; la parrilla, flameaba con la manteca, simulando sus flamas relámpagos instantáneos de tempestad diminuta y fingida. Entonces, padre é hija—á pesar de hallarse tan juntos de cuerpo que, inclinándose ligeramente, don Florentino podía besar su cabello castaño ó mirarla hasta adentro de sus ojos ¡muy adentro!, casi hasta donde la miraba cuando niña,—juntaban más sus espíritus, intranquilo el de ella, como el de todas las vírgenes modernas que crecen y trabajan en las grandes ciudades amenazantes, viciosas, irresponsables; adolorido el de él y con cica-

trices por cerrar aún, por mucho que Carolina ignorara á causa de cuáles heridas, nunca por ella averiguadas. Había momentos de éxtasis y silencios—para el viejo muy principalmente, ¡claro!—; en ocasiones, risas, sí, risas que brotaban espontáneamente de entrambos á propósito de cualquier nonada, de un castillo en el aire que por sí propio veníaseles abajo, ó de unas cuentas alegres para mañana, ¡nó el mezquino mañana de veinticuatro horas, que son sólo un soplo, nó, sino el mañana inmenso y lejanísimo—tan lejano que rara vez amanece,—hacia el que se hallan ansiosa y confiadamente vueltos los semblantes de todos aquellos, los más, á quienes sin piedad aflige lo inacabable del hoy que tarda tanto en amortajarse en el agónico crepúsculo gris de los días que se mueren... Y el padre, inválido é inservible, rendía muda acción de gracias á la doncella por él engendrada, y por cuya juventud y cuya fuerza él podía ir rindiendo la jornada áspera que en la tumba termina. Había silencios, desgarradores de puro persistentes y preñados de recíprocas ternezas, que ni el uno ni la otra formulaban para no estallar, al cabo de los cuales los cabellos castaños refugiábanse en los hombros vencidos del anciano, en sus canas, en las arrugas hondas junto á las que de chiquilla se había dormido y soñado con que sería feliz, según prometíanselo, al arrullarla los brazos jóvenes y nervudos del padre adulto, esos mismos labios, ahora temblorosos hasta para besarla y bendecirla...

Con más frecuencia que las risas salíanles lágrimas, que al igual de las risas, confundíanse y engrosaban conforme se perdían sin ruido por entre las canas del viejo y los cabellos castaños de la muchacha, quien, al fin, era la primera en serenarse y en consolar á su padre, dibujando con el gesto y la palabra prodigiosos arcoíris en los que su juventud, por ser juventud, creía firmemente...

—No te aflijas así, padre, no desesperes ni me hagas desconfiar ¿por qué la suerte no ha de cambiarnos?...

Y, profética, poníase Carolina á mirar hacia adelante, hacia la vida que sonriente la llamaba, á par que le galopaba por las venas y por su cuerpo lleno de curvas y vibraciones internas que sólo á medias la alarmaban, por creer que nada malo significarían. Don Florentino, que miraba hacia atrás, hacia ese mismo sendero, cubierto ya para él de recuerdos y zarzas, movía la cabeza negando, negando, y por no desanimar á su hija, prefería clavar la barba en el pecho, entrecerrar los ojos y dejar que la visión de dicha acabase de desfilar por ante la esperanza de Carolina... ¡Mejor que en ella creyese y en ella aguardase, pues bien pudiera ser que la muchacha tuviera razón y que su suerte cambiara!... ¡Acaecen tantas cosas raras!...

Por lo pronto, llamábalos á cenar la criada viniendo hasta la vidriera de la sala, si su humor andaba medianejo, ó desde sus dominios, si estaba de monos. Era de ver la ternura con que Carolina ayudaba á don Florentino á emprender la caminata de las cuantas varas que mediaban entre sala y comedor, y á que no advirtiera, sobre todo, que la tal convertíasele en más dificultosa cada día. Don Florentino, que sí advertía los progresos del mal pero que por su parte procuraba disimularlo, realizaba infructuosos prodigios de vigor y celeridad, echaba á la broma su andar lamentable y vacilante, y sabiendo los dos que se engañaban, persistían en engañarse:

—¡Qué bien caminas hoy, padre, apenas te apoyas en mi brazo!...

—Es que me siento aliviado, cual si las fuerzas quisieran volverme.

Y gastaban un buen rato en atravesar la única habitación que separaba la sala del comedor—dormitorio de

don Florentino,—á obscuras por fortuna para que no delatara la doble mentira piadosa, el rubor de ambos. Callaban, y por encima del piso de ladrillos oíase el arrastrar de los pies del anciano.

Algo reanimábanse en la cena; la chica contaba lo sabido y oído en la calle, en el trabajo; lo que se decía de sociedad y de política y de enredo; extracto del último crimen, del escándalo mundano último, toda la variedad de minucias que preocupan y apasionan á los moradores de las grandes aldeas como México. En sus narraciones, Carolina no apelaba á hipocresías ni eufemismos, y á menos que el asunto fuese de los muy escabrosos en fondo y forma—sólo caso en que mitigaba la crudeza de aquella y de ésta, por afectuoso respeto á don Florentino,—los demás soltábalos con pelos y señales, enfrentándose á las irregularidades y porquerías sociales; denominando por su nombre los horrores urbanos, los pecados ó excelencias de los individuos y de las multitudes. Nada la acobardaba, sabía en lo que el mal consiste y en lo que consisten los peligros; sabía que dentro de la constitución de las sociedades actuales—la de México muy particularmente,—una mujer como ella, agraciada y joven, no cuenta más que consigo mismo para librar la batalla de las horas y de los días, para escapar á acechos y persecuciones, para no dejar que su cuerpo, de todos codiciado, caiga á mitad del arroyo y todos lo pisoteen, luego de despedazarlo á fuerza de brutalidades y lujurias. Sabía que el hombre es, de los machos, el más implacable y astuto para saciar su brama perenne, más mental que fisiológica á causa de su moderna condición de degenerado, de degenerado inteligente y pérfido á cuyo favor se hallan las leyes, las costumbres y las atenuantes en este eterno duelo de los sexos; porque sólo él ha legislado é impuesto las

costumbres y reconocido las atenuantes de que ha menester, á fin de no condenarse á sí propio ante los tribunales de convención y de mentira en los que él ¡sólo él! es juez y parte, fiscal y defensor, jurado y testigo. Y aun cuando en la tribuna ó en el libro habla y defiende á la mujer-abstracción, en cuanto baja del libro ó de la tribuna, es el primero en acometer, el primero en herir, el primero en matar honras y vidas de la mujer de carne y de pasiones, convencido de que si por acaso no lo aplauden y felicitan, sí quedará impune lo que haya hecho, por puro espíritu de cuerpo. Carolina sabía también otra porción de cosas tristes, irremediables, que no han de concluir nunca y que, quieras que no, lastiman á los que riegan con su sudor el pan que comen, siempre que para ello tengan que trabajar en compañía de extraños, que codear al público, y que ir y venir por las calles insensibles, sucias, duras como las piedras de que se hallan formadas. Poco á poco, con espanto primero, con miedo después y con valentía á lo último, había aprendido á deletrear el significado de los ojos que desnudan, de los tocamientos que sonrojan, de las palabras que ofenden y queman los oídos asustadizos, y las ilusiones y ensueños de las doncellas que defienden sus cuerpos, macizos y provocantes de fruto en sazón, de los hombres que las persiguen, de los galanteos insidiosos, de los cortejos de peligro y de infamia... Era lo peor—¿por qué no confesárselo á sí misma?—que había experimentado el vértigo de la sima sin fondo adonde han ido á parar, y seguirán yendo perpetuamente, el pudor y la belleza de otras mujeres tan denodadas y tan jóvenes y tan lindas, ó más que ella... Sí, la tentación, con sus velludos brazos de ponzoñosa araña gigantesca había tratado de asirla, la había asido y enredado en su tela potente é invisible, maniatándole

voluntad y rectitud; había estado á punto de caer, sin que todavía, al tanto tiempo de conjurado el riesgo inminentísimo, supiera á ciencia cierta á qué ó á quién debía el haberse salvado: ¿al esfuerzo físico y casi sobrehumano que nos obliga á echarnos atrás de los precipicios á que nuestro temperamento ó nuestra desgracia nos empuja sin misericordia, ese esfuerzo que nos hace permanecer en tierra firme—¡cuando ya un pie pisaba el vacío y nos sentíamos con el equilibrio perdido!—aunque sea derribados, jadeantes, aterrorizados de las profundidades entrevistas, y cogidos á la rama ó á la peña que nos desgarra las manos y las ropas?... ¿Lo debería á que Dios—Carolina era creyente y observante,—condolido de su desamparo, sólo hubiese querido amedrentarla y precaverla contra futuras y más peligrosas tentaciones?... ¿O deberíalo á que su madre—desaparecida tan temprano que para recordarla corporalmente tenía que apelar á una fotografía borrosa é imperfecta, y á las nebulosas de sus recuerdos que muy de vez en cuando, medio precisábanle esta facción y aquella terneza, terneza y facción más borrosas aún que el retrato antiquísimo, y por antiquísimo, mentiroso,—cuidaba de la hija huérfana, desde allá... bueno, desde donde ahora se encontrara?... Y era lo trágico que en las ocasiones en que una de estas tres causas, ó las tres reunidas, habíanla librado de un derrumbe, para no apagar de un soplo parricida la flama agonizante que mantenía vivo al padre inútil y desgraciado, Carolina no podía ni narrarle el sucedido, ni dejar que los ojos sin vista casi del valetudinario, adivinaran su pánico y emoción, sino antes mostrársele plácida, confiada y serena cual siempre, como cuando niña; que como cuando niña deseaba conservarla el pobre viejo enfermo, aunque él también supiera que ello era imposible, que la

vida es la más fuerte y que las energías mejores, los más firmes propósitos se doblegan y desgastan y al fin sucumben, en la lucha que ella nos fuerza á librarle para que sigamos viviéndola!

De ahí que el anciano letrado cogiera noche á noche el juvenil semblante y lo mirara con sus ojos cegatones y despestañados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, viendo de averiguar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima que le alimentaba su cuerpo, vencido de años, y su espíritu, vencido de penas.

Porque hay que convenir en que la contribución de don Florentino para el común sustento, á más de insegura, era ya de suyo muy pequeña cosa: lo que buenamente le pagaban sus «clientes» de hoy, unos cuantos indios de por San Agustín de las Cuevas—según ellos y él persistían en denominar Tlálpam,—donde por añosas herencias turbias eran los tales, terratenientes siempre en pleito por una parcela de consideración en que sólo sembraban ardides para con ella quedarse exclusivamente los litigantes de ambos bandos, y de la que sólo cosechaban odio y enconos. Un pleito de generaciones, por un extenso pedazo de tierra sin arar de lustros atrás, sin producir ni un grano ni una flor, montuoso y estéril, que se disputaban con mayor tesón que si de vena metálica se tratara. Mas como los litigantes, conforme el litigio se enredaba con el correr de años y el multiplicar de añagazas y recursos jurídicos, venían á menos, ya no pagaban honorarios ni costas de tribunales y patronos, sino que celebraban pactos de *cuotalitis*, por saldar el día de la adjudicación y triunfo, limitándose entretanto, y muy de cuando en vez, á obsequiar á su licenciado con hortalizas y aves de corral cebadas,

que en persona llevaban desde el cortijo, después de haber estado anunciándolo y anunciándolo con anticipación exagerada. Y mientras don Florentino conservó en su biblioteca—que contemplaban ellos agrupados y viendo los libros de reojo, cual á bestias dañinas,—mientras poseyó aquella su enorme mesa-escritorio de caoba y su abacial sillón de cuero, el tintero de plata quintada, con bandeja y salvaderas; mientras don Florentino no se fué abajo, sus clientes mimábanlo de palabra y regalábanlo de obra, nunca muy liberalmente ¡nó!, pero sí mucho más á menudo de lo que ahora solían por interés de que les devolviese el voluminoso expediente en que cifraban todas sus codicias, antes que por tener grato al letrado, que en polilla y ruina habíaseles convertido. Pero lo que don Florentino les decía á cada ocasión en que los otros aportaban por su vivienda, diz que en són de paz y muy apesadumbrados porque su defensor ya ni á sí propio pudiera defenderse:

—Entrego el expediente ¡ya lo creo que lo entrego!, mas siempre que transijamos y me indemnicen siquiera de la cuarta parte de estampillas y sellos costeados por mí... ¿Se acepta?... Para que en seguida saquemos la cuenta, y otro, con mejores cuartos que yo—¡poco se ha menester!—les gane á Uds. su pleito y él se aproveche de lo que ustedes conceden al que les saque el buey de la barranca...

¡Quiá! Los indios no oían por ese lado; y entre diminutivos y cazurrerías intentaban ablandar al abogado: ellos eran unos pobres labriegos, y, si pedían sus papelitos, el pedido obedecía nó á desconfianza, nó, ¡cómo habían de desconfiar del señor licenciado!... Obedecía á que otro señor, de letras también, y de libros y escrituras, teníales garantizado el triunfo para muy luego; entonces liquida-

rían al señor licenciado de lo que gastado y estudiado había en su negocio. Don Florentino hubiera cedido ¿qué esperar de gente tan ruín y sórdida?... pero una especie de pudor, menos profesional que masculino, estorbóselo siempre que á punto de ceder sentíase. Bien ó mal, aquello lo ocupaba, lo hacía hojear códigos, escribir, aunque trabajosísimamente, memoriales, comparecencias y respuestas; abocarse con el patrono de los contrarios; presidir á juntas y proyectos de arreglos amigables; engañarse á sí mismo respecto á su situación de inválido, que sólo molestias origina; no ruborizarse delante de su hija, y, más que nada, tener un pretexto para seguir viviendo y no pegarse un tiro ó apurar un tósigo, á fin de librar á Carolina de esa pesada carga que los sepultureros reclamaban como una propiedad extraviada...

Carolina, luego de cenar, levantóse en busca de *El Tiempo* que noche á noche le compraba y noche á noche le leía, de sobremesa, si es que no iba á interrumpirlos en su lectura comentada y aun discutida, la familia cubana que habitaba en la vivienda frontera, con la que habían trabado muy buenas amistades, y que se componía de tres miembros: el marido, Pepe Díaz de Posada; la mujer, Remedios B. de Posada, y la hermana del marido, señorita Virtudes Díaz; gente afable y hospitalaria, perennemente trinando los tres contra la dominación española de su isla, por suerte alzada en armas contra los opresores seculares y muy apoyada en su alzamiento por el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos—según Pepe Díaz se lo demostraba á don Florentino y Carolina,—fundándose en periódicos y cartas particulares que les declamaba entusiasmado, alta la voz y teatral la apostura. Por lo pronto, andaba Pepe Díaz procurándose la ciudadanía mexicana y lamentando el que

su ingenio de azúcar, talado y sin zafras, les impidiera vivir y pasársela cual siempre habiánsela pasado, tan ricamente. Remedios, aunque no vieja, hallábase un tantico ajamonada, encontraba frío el clima de México, y apenas si salía de la vivienda ni para ir á la de los vecinos. Virtudes, en cambio, no obstante ser algo mayor que Carolina, hizo excelentes migas con ésta y nunca faltaba á la visita en unión de su hermano, deslumbrada lo indecible con que Carolina trabajara como trabajaría cualquier hombre: á horas fijas, á sueldo mensual, y lo mismo nublado que sereno. Virtudes no era fea.

Aquella noche, sin embargo, no daban los cubanos señales de vida—sin duda no estarían en casa,—y Carolina desplegó el enorme periódico.

—¿Te leo?...—preguntó á su padre.

Y ante el asentimiento de éste, que enclavijadas, apoyó sus dos manos en el borde de la mesa, sobre el mantel, Carolina dió principio á la lenta lectura tediosa que el anciano escuchaba con interés reconcentrado. Carolina no podía leer, saltábase los renglones, se pasaba de una á otra columna, se inclinó más, encima del diario, subió un tanto la mecha de la lámpara: era que no sabía dónde truncar la lectura ni en qué terminos confesarle al padre la resolución de Salvador.

—¿Qué te pasa, mujer, estás cansada ó qué?—le preguntó al fin don Florentino, que no lograba tomar sabor á lo que oía.

—Es...—dijo Carolina volviendo las extensas hojas del periódico, que se juntaron con apagado rumor de volar de pájaros pequeños,—¡es que mejor quisiera hablarte, padre!...

—¿Que mejor querrías hablarme?...—como un eco, repitió don Florentino, enderezando trabajosamente su busto

vencido y arrastrando sus pies casi muertos, por los ladrillos del piso.

Después de una pausa cruel en la que arrugó los párpados y le tembló mucho la barba, en que idolátricamente contempló á su hija (que ahora miraba el corredor obscuro al través de las cortinas de la vidriera cerrada), sacó con violencia su pañuelo, y quién sabe qué lágrimas vergonzantes y fugitivas se enjugaría tan de prisa para que ella no las advirtiese... ello es que algo se limpió de los ojos despestañados, y en seguida agregó, tristísimo:

—¡Ya sé lo que vas á decirme, ya lo sé!... ¡hace muchas noches que espero el anuncio, muchas!... ¿Lo quieres tú? ¿crees que te conviene? ¿le dijiste ya que eres pobre, y desgraciada, y huérfana?...

Y sollozando como un chiquillo, dió con su frente en los manteles, en los que su cabeza encanecida, al ir y venir de un lado para otro á causa del irregular y precipitado ritmo de los sollozos, parecía decir que no ¡que nó!, antes de rodar para siempre desprendida del tronco, por debajo de la mesa y por debajo de la tierra, en que á la fuerza pararía.

—Todo se lo he dicho, padre—repuso Carolina resuelta,—y yo lo quiero sin saber si soy la que á él le conviene, á pesar de todo eso que tengo en mi contra y que tú acabas de señalarme...

—¿Tú, lo quieres?—interrumpió don Florentino incorporándose y volviendo de prisa á enjugar sus lágrimas,—¡pues con eso basta! Cuanto á mí me ocurriera predicarte, sería ocioso, que el querer no atiende á prédicas, y es únicamente echarle leña al fuego... Cásate y seas feliz, cual lo mereces, pues la sola dote de que me es dable proveerte, mis bendiciones, tiempo há que vengo dándotelas, sin enterarte, seguro de que te servirán, ahora y más tarde,

¡¡siempre!!... Era un caso previsto—continuó al cabo de breve pausa y como si consigo mismo hablara,—no me había olvidado de tu juventud, ¡no!, ya sabía que había de jugarme esta pasada, ¡por supuesto que lo sabía!... Y conforme te hermoseabas y crecías, ya sabía yo que no crecías ni te hermoseabas para mí sino para el otro, para éste, sea quien fuere, para el extraño que había de hacerte vibrar y cumplir con la ley despiadada del abandono y del olvido... ¡Sí, sí, del olvido!... no me interrumpas, que yo también olvidé á mis padres, y tus hijos, ¡tus hijos! te olvidarán á ti y á él ¡no creas que en un solo corazón cabemos tantos!... Los viejos tenemos que irnos, queramos ó no queramos ¿no ves que por eso es regla que nos muramos antes que los jóvenes, para no estorbar ni ocupar un sitio que pertenece á los que nos siguen?... Y así está bien, es lo natural y es lo justo: el que ya vivió, que se marche, que parta y deje el campo á las espigas nuevas que esmaltan la sementera inmensa de la vida enderezándose lozanas y llenas de la savia que á nosotros, las cañas secas, se nos ha concluído! ¡Nosotros al polvo, y ustedes de frente al sol!... ¿Y sabes por qué ni quejarse puede uno de ingratitud tamaña?—siguió el viejo, sereno, y contemplando á su hija, que, muy conmovida, mirábalo y escuchábalo,—¿sabes por qué? Porque tan corto es el vivir de las espigas como el de nuestras vidas... ¡por éso!... Y porque tan indispensable es, para que el mundo exista, que haya siempre espigas nuevas produciendo granos, como que haya nuevas vidas que produzcan hijos!... Y dado que sabemos, por mucho que jamás nos lo confesamos, que apenas hemos de durar una estación, si es que acaso la duramos, no vemos á los caídos ni á los muertos, vemos á nuestro vecino, á nuestro igual nacido ayer y tan enhiesto y fuerte cual nosotros; y *(aquí don Florentino abrió sus brazos temblo-*

rosos y débiles, ampliamente, con ademán noble que abarcaba en su integridad el prodigio del renovamiento,) las espigas, sin que nadie las acerque, por sí solas juntan sus tallos y sus penachos al calor de los soles de estío y á la tibieza de las noches silenciosas, y las juventudes, aunque se trate de distanciarlas, por sí solas se encuentran y reunen, para amarse al calor de su cariño y de sus besos...

Calló don Florentino y Carolina no rompió ese mutismo, habituada desde niña á este poético y filosófico lenguaje de su padre cuando se enfrentaba á los grandes problemas, con el que ella se embelesaba por lo que delicadamente la hería en sus fibras sensibles de mujer lanzada de muy temprano á ganarse el sustento en un medio corrompido é ignorante, donde la mayoría de los hombres no se preocupa por problemas grandes ó chicos. Por un instante, ni uno ni otra se miraron; sin duda perdido cada cual en sus pensamientos propios; en los del amor, Carolina; don Florentino, en los de la muerte: ¡los dos problemas más insondables de la vida!

A un tiempo rompieron ambos á hablar, cuando á ello se decidieron; don Florentino, para que le pormenorizaran quién era el intruso, y Carolina, para convencerlo de que no lo abandonaría:

—Es una de las condiciones que desde un principio le impuse, y á la que él accedió...

Don Florentino, escéptico, no aprobaba el que ella hubiera impuesto condiciones, ni menos que él, el novio, á ellas hubiese accedido tan pronto, sin siquiera conocer de vista al suegro, y hablarle y saber por sí mismo qué clase de sujeto sería.

—El que tú hayas impuesto condiciones, tiranía acusa de tu parte, si es que lo quieres, ó abuso de tu sexo, si no lo amas. Y la pronta aceptación suya, revela ansia de